

## SEXTO DOMINGO DE PASCUA, CICLO B



### MONICIÓN DE ENTRADA

El acontecimiento de la Pascua nos llena de alegría, vivir en clave de resurrección nos ayuda a profundizar en la realidad como manifestación del amor de Dios a la humanidad. Amar no tiene precio, ni límites, es nuestra respuesta para sentirnos hijos de Dios, amados por Él. Que nuestra reunión en torno a la Mesa del Pan eucarístico nos ayude a derribar los muros que nos impiden dar frutos como Dios quiere.

### LECTURAS

*Hch 10, 25-26.34-35.44-48*

*Sal 97, 1.2-3ab.3cd-4*

*1 Jn 4, 7-10*

*Jn 15, 9-17*

### MENSAJE ANTES DE LA COLECTA

La liturgia de hoy nos centra en lo más importante de la vida cristiana, que no es otra cosa que el amor de Dios por la humanidad. Y así nos llama el Señor, a traducirlo en amor por los demás. Que nuestra generosidad en la colecta de hoy, destinada a la labor de Caritas, sea precisamente un signo de nuestra misericordia con las personas y familias más necesitadas.

### ORACIÓN DE LOS FIELES

—Para que el Señor, que creó el mundo con sabiduría y bondad, haga que su Iglesia sea fuente de vida, cuide de la creación y lleve el mensaje de salvación a toda la humanidad. *Oremos al Señor.*

—Para que nuestros gobernantes reconozcan que los bienes de la tierra son para bien de todos y procuren que sean distribuidos con justicia y a nadie la falte lo necesario. *Oremos al Señor.*

—Por todas las personas que trabajan el campo, la ganadería, la pesca, que nos proveen de los alimentos necesarios, para que su trabajo sea reconocido y valorado y se garanticen las mejores condiciones para su desarrollo. *Oremos al Señor.*

—Por los que sufren el paro, el trabajo sin condiciones dignas, para que el acceso a un trabajo decente sea defendido, protegido y fomentado en todas las sociedades. *Oremos al Señor.*

—Te pedimos por nosotros, para que siempre permanezcamos unidos a ti, como los sarmientos a la vid, y demos fruto siendo constructores de tu reino de Paz, Justicia y Fraternidad allí donde estemos. *Oremos al Señor.*

### REFLEXIÓN

En este tiempo pascual, la Palabra de Dios continúa indicándonos estilos de vida coherentes para ser la comunidad del Resucitado. Entre estos, el Evangelio de hoy presenta el mandato de Jesús: «Permaneced en mi amor» (Juan 15, 9): permanecer en el amor de Jesús. Habitar en la corriente del amor de Dios, tomar demora estable, es la condición para hacer que nuestro amor no pierda por el camino su ardor y su audacia. También nosotros, como Jesús y en Él, debemos acoger con gratitud el amor que viene del Padre y permanecer

en este amor, tratando de no separarnos con el egoísmo y el pecado. Es un programa arduo pero no imposible.

Primero es importante tomar conciencia de que el amor de Cristo no es un sentimiento superficial, no, es una actitud fundamental del corazón, que se manifiesta en el vivir como Él quiere. Jesús, de hecho, afirma: «Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor» (v. 10). El amor se realiza en la vida de cada día, en las actitudes, en las acciones; de otra manera es solamente algo ilusorio. Son palabras, palabras, palabras: eso no es el amor. El amor es concreto, cada día. Jesús nos pide cumplir sus mandamientos, que se resumen en esto: «que os améis los unos a los otros como yo os he amado» (v. 12).

¿Cómo hacer para que este amor que el Señor resucitado nos dona pueda ser compartido por los demás? En más de una ocasión Jesús ha indicado quién es el otro a quien hay que amar, no con palabras, sino con los hechos. Es aquel que encuentro en mi camino y que, con su rostro y su historia, me interpela; es aquel que, con su misma presencia, me impulsa a salir de mis intereses y de mis seguridades; es aquel que espera mi disponibilidad a escuchar y a hacer una parte de camino juntos. Disponibilidad hacia cada hermano y hermana, sea quien sea y en cualquier situación que se encuentre, empezando por quien está cerca de mí en la familia, en la comunidad, en el trabajo, en la escuela... De esta manera, yo permanezco unido a Jesús, su amor puede alcanzar al otro y atraerlo a sí, a su amistad. Y este amor por los demás no se puede reservar a momentos excepcionales, sino que se debe convertir en la constante de nuestra existencia. Es por esto que somos llamados, por ejemplo, a cuidar de los ancianos como un tesoro precioso y con amor, incluso si crean problemas económicos y dificultades, pero debemos cuidarlos. Es por esto que a los enfermos, también si están en la última etapa, debemos dar toda la asistencia posible. Por eso los no nacidos deben ser siempre acogidos; por esto, en definitiva, la vida debe ser siempre tutelada desde la concepción hasta su ocaso natural. Y esto es amor. Nosotros somos amados por Dios en Jesucristo, que nos pide amarnos como Él nos ama. Pero eso no podemos hacerlo si no tenemos en nosotros su mismo Corazón.

La eucaristía, a la cual estamos llamados a participar cada domingo, tiene el fin de formar en nosotros el Corazón de Cristo, de tal forma que toda nuestra vida sea guiada por sus actitudes generosas. Que la Virgen María nos ayude a permanecer en el amor de Jesús y a crecer en el amor hacia todos, especialmente los más débiles, para corresponder plenamente a nuestra vocación cristiana.

*Regina Coeli, reflexión del Papa Francisco, Plaza de San Pedro, Roma, 6 de mayo de 2018.*